

EL LUNFARDO Y EL ESPAÑOL DE LA ARGENTINA

Oscar Conde*

Lo que me propongo mostrar en la presente columna es de qué forma, con el paso del tiempo, ese conjunto de voces y de locuciones surgido en las ciudades del Río de la Plata en torno a 1870 denominado lunfardo ha venido a ocupar, en nuestros días, una posición central en el español de la Argentina.

No hace demasiado —un par de décadas, a lo sumo— que se le reconoce al español un estatus policéntrico. En otras palabras, ya no es defendible la posición que hace del habla de Madrid (o de cualquier otra ciudad de la península) un modelo único y “puro” para más de 560 millones de hispanohablantes. El policentrismo enseña que no existe un solo paradigma de la lengua española, y que las variedades utilizadas en Lima, México, Medellín, Sucre o Buenos Aires son igual de prestigiosas que las de Toledo o Salamanca.

Sin embargo, la posición clásica del monocentrismo, prevalente no solo durante la época colonial sino al menos hasta el último cuarto del siglo pasado, conserva muchos adeptos en el espacio simbólico de la enseñanza de español para extranjeros —ámbito en el cual, además de una disputa entre políticas lingüísticas de signo opuesto, está en juego un jugosísimo negocio—. Es que los profesores de español, sobre todo cuando son españoles, normalmente combaten la tesis policéntrica, ya porque acuerdan con las posiciones político-económicas del Instituto Cervantes, ya por orgullosa convicción patriótica.

Yendo a lo nuestro, estamos muy lejos de tener un estándar que pueda definirse indubitablemente como “español de la Argentina”. Si bien es cierto que ya no la ciudad de Buenos Aires sino esa megalópolis que los burócratas bautizaron como AMBA

* Doctor en Letras por la Universidad del Salvador. Profesor asociado regular del Departamento de Humanidades y Arte de la Universidad Pedagógica Nacional, profesor titular de Lunfardo en el Área Transdepartamental de Folklore de la Universidad Nacional de las Artes, profesor titular regular del Departamento de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Lanús y miembro titular de la Academia Nacional del Tango y de la Academia Porteña del Lunfardo. Correos electrónicos: oscar.conde@unipe.edu.ar y oconde@unla.edu.ar. *Gramma*, XXIX, 61 (2018), pp. 57-66.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. Área de Letras del Instituto de Investigación de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. ISSN 1850-0161.

(Área Metropolitana de Buenos Aires) parece seguir imponiendo al resto del país nuevos giros, modismos y voces, muchas características fonéticas, morfológicas y sintácticas propias de cada región felizmente sobreviven. Hay sí, y parece imposible impedirlo, una creciente unificación del léxico, debida fundamentalmente a la interacción propuesta —o, tal vez, un poco impuesta— por los medios de comunicación y las redes sociales. No obstante ello, es reconocible un español de Salta, uno de Mendoza, uno de Córdoba y otro de Posadas, por ejemplo, y ninguno es mejor o más representativo que los otros. Quiero decir, en una palabra, que el español de la Argentina también es policéntrico, razón por la cual la existencia de una única lengua argentina sigue siendo una vaporosa ilusión.

Sin embargo, todas estas variedades del español argentino aparecen hoy atravesadas por un conjunto de voces y locuciones que enhebran lazos identitarios, que conjugan una cosmovisión compartida, que al contenido aparente o denotado le suman un contenido latente o connotado y que se declaran en rebeldía frente a la lengua estandarizada. Sin ser el rasgo principal de nuestras variedades del español, es innegable que estas ya no prescinden del lunfardo. Importa dejar en claro que las voces y locuciones que integran un argot no son meras variantes dialectales, como podrían ser en el español argentino las selecciones léxicas *frutilla*, *mozo*, *pollera*, *fósforos* o *saco* —sinónimos de las peninsulares *fresa*, *camarero*, *falda*, *cerillas* y *chaqueta* respectivamente—. Cuando hablo de lunfardo, pienso más bien en palabras como *berretín*, *despelotado*, *pete*, *laburar* y *versero*, alternativas para los estándares *capricho*, *desordenado*, *felación*, *trabajar* y *mentiroso*.

Afirmo que las variedades del español de la Argentina incluyen lunfardismos porque este léxico argótico hace varias décadas que ha superado los límites físicos de la región rioplatense para convertirse, a estas alturas, en nuestro argot nacional, fenómeno que se verifica también en el argot francés, originalmente parisino, y en el parlache de Medellín, que viene extendiéndose por el resto de Colombia durante los últimos veinte años. Y esto de adjudicarle al lunfardo un alcance nacional no es una ocurrencia mía de esta mañana. En 1974 Mario Teruggi, en su extraordinario *Panorama del lunfardo*, escribía: “Descarto la teoría de que los argots son de naturaleza delictiva, considerándolos, en cambio, hablas populares. Con esta interpretación se amplía naturalmente el concepto de lunfardo, que se presenta como un argot nacido en Buenos Aires que está deviniendo en argot nacional” (Teruggi, 1974, p. 2).

Hace más de cuarenta años Teruggi tuvo la genial percepción de que ese proceso ya estaba ocurriendo. El modo de comprobarlo no era científicamente validable, pero sin duda fue muy eficaz. Según cuenta al final de su libro, una noche de 1966 se ha-

bía tomado el trabajo de anotar durante media hora los lunfardismos utilizados por los personajes de un programa cómico de difusión nacional. Anotó, por ejemplo, las palabras *piña*, *colifato*, *garpar*, *yeta*, *bocho*, *mango* y *rascada* y las expresiones *estar cero al as*, *agarrar viaje* y *yugarla*. La conclusión de este brillante lunfardólogo es que los telespectadores ni siquiera se daban cuenta de tal bombardeo de lunfardismos, tan incorporados estaban estos al lenguaje cotidiano. Y cierra su libro con una referencia a Monsieur Jourdain, el protagonista de *El burgués gentilhombre* (1670) de Molière, que un día descubre que había hablado en prosa toda su vida sin saberlo. Del mismo modo, colige Teruggi, los argentinos recién estábamos descubriendo en ese momento (en los años 70) que usamos lunfardismos sin pensarlo, “o que no los utilizamos, pero los comprendemos, que para el caso es lo mismo” (Teruggi, 1974, p. 204). Es decir que la competencia pasiva es prueba suficiente para validar la vigencia de un argot.

A las 6 de la mañana del 24 agosto de 2014, decidí copiar el experimento de Teruggi. Encendí la radio y tomé nota de los lunfardismos que se utilizaron durante media hora en el programa “Levantado de diez”, conducido por Beto Casella y retransmitido por distintas emisoras de todo el país. Algunas de mis anotaciones fueron: *mangos* ‘pesos’, *quilombos* ‘problemas’, *piña* ‘puñetazo’, *pibito* ‘niño’, *chorro* ‘ladrón’, *patovica* ‘musculoso’, *busarda* ‘abdomen’, *currar* ‘robar’, *ganar tres al hilo* ‘ganar tres partidos seguidos’, *tachero* ‘taxista’, *peroncho* ‘peronista’, *garpar* ‘pagar’, *vedetongas* ‘mujeres que se exhiben en los medios de comunicación’, *morfar* ‘comer’, *llevarse puestos gobiernos* ‘propiciar su caída’, *triperio* ‘fanático del club Gimnasia y Esgrima de La Plata’, *pincha* ‘fanático de Estudiantes de La Plata’, *darle a alguien* ‘tener sexo con esa persona’ y *trola* ‘prostituta’. Nótese que *mango*, *piña* y *garpar* habían sido incluidos en la lista de Teruggi ¡48 años antes!

No hay ninguna duda de que los lunfardismos son un hilo invisible que engarza todas las variedades diastráticas, diatópicas y diacrónicas de nuestro país. Como explica el argotólogo Louis-Jean Calvet, “la utilización de la lengua es así una manera de situarse en estos tres ejes, una manera de reivindicar su pertenencia a un grupo social, a un lugar o a una franja etaria” (Calvet, 1994, p. 115)¹.

Si hacemos un poco de historia, la discusión acerca de la postulación de un español americano y, más adelante, de un español argentino tuvo como protagonistas, en primera instancia, a los intelectuales nucleados en el Salón Literario, entre otros, Marcos Sastre, Esteban Echeverría y Juan Bautista Alberdi, quien en la sesión inaugural del 18

1. Hacia fines del siglo pasado, la pragmática y la lingüística de variedades (*Varietätenlinguistik*) incorporarían un nuevo eje de análisis a los tres mencionados: el *diafásico*, orientado al estudio de las modalidades de habla adoptadas según cada situación comunicativa. Tal análisis permite distinguir entre el habla estándar y los niveles culto, familiar, vulgar o grosero, o bien especializado o general, oral o escrito, formal o informal, etcétera.

de junio de 1837 reclamaba ya una lengua nacional capaz de reflejar la nueva realidad de la América libre. La defensa de la identidad lingüística por parte de este grupo propició dos acontecimientos destacables. Por un lado, en octubre de 1843, Domingo Faustino Sarmiento propuso en la Facultad de Filosofía y Humanidades de Santiago de Chile un audaz proyecto de reforma ortográfica para el español americano. Por otro, en enero de 1876, el poeta Juan María Gutiérrez devolvió el diploma de académico correspondiente que le había enviado la Real Academia Española. Todos los nombrados, pues, fueron tempranos promotores del autoctonismo idiomático, basados en el principio de que uno de los atributos esenciales de una nación libre es la posesión de una lengua propia.

Este es, precisamente, el precepto que movió al francés Lucien Abeille a publicar en París, en coincidencia con el fin del siglo, su *Idioma nacional de los argentinos* en el año 1900. Con un convencimiento que roza el fanatismo, se propuso demostrar —infructuosamente, por supuesto— que el español de la Argentina comenzaba a diferenciarse del peninsular a partir de la incorporación de préstamos lingüísticos que provenían tanto del guaraní, el araucano y el quichua como del italiano, el francés y, en menor medida, el inglés y el alemán y que tal proceso concluiría con la formación de un nuevo idioma. Las voces críticas contra este autonomismo idiomático separatista surgieron de intelectuales nacionalistas, desde ya que elitistas e hispanófilos, defensores de una argentinidad que presumían en peligro ante la inmigración italiana y las hablas populares como el lenguaje gauchesco y el lunfardo. Algunas de esas voces (las de Ernesto Quesada y Miguel Cané) se alzaron indignadas contra el profesor francés, aun cuando la verdadera impugnación de su programa filológico estaría dada por alguien que estrictamente no participó de los debates: el rosarino Rudolf Grossmann, que desde un planteo similar al de Abeille llegó a conclusiones opuestas en *El patrimonio lingüístico del Río de la Plata*, libro editado en Alemania en 1926 pero traducido al español recién en 2008. Este lingüista comparte algo esencial con Abeille: la certeza de que en nuestro país se ha consolidado la nueva raza euro-argentina, a pesar de lo cual “no ha tomado forma en este proceso de asimilación una nueva lengua nacional argentina”, a lo cual agrega que “la formación de nuevas razas y la formación de nuevas lenguas no van necesariamente de la mano (Grossmann, 2008, p. 333).

Salvo en el disparate de la raza, Grossmann tenía razón: no podía decirse seriamente que hubiese nacido o estuviese por nacer un idioma argentino. Sin embargo, era claro y evidente desde muchísimo antes que el español en la Argentina presentaba aspectos contrastantes con el español peninsular o el de otros países americanos: diferencias de entonación, una fonética determinada —modos propios de pronunciar la *ese*, la *ce*, la *ye*, etcétera—, pronombres alternativos de segunda persona (*vos* y *ustedes*) con la consiguiente concordancia verbal con ellos (“vos *tenés*” y no “vos *tienes*”), un vocabula-

rio rural fijado y difundido por la literatura gauchesca, etc. A estas características es necesario sumarles un léxico nuevo, del cual nos ha quedado un documento invaluable, debido a la Academia Argentina de Ciencias, Letras y Artes, que funcionó en Buenos Aires entre 1875 y 1879 presidida por Martín Coronado. Esta efímera corporación nos legó un inacabado *Diccionario de argentinismos*, elaborado colectivamente por sus miembros y publicado en 2006 por Pedro Luis Barcia.

Este *work in progress* nos permite tener una idea bastante concreta de cuáles de los vocablos registrados allí posteriormente se incorporaron al léxico lunfardo. He detectado noventa y cuatro términos, casi todos plenamente vigentes, a los que podríamos catalogar como prelunfardismos o protolunfardismos. Menciono algunos: *agarrada* ‘al-tercado’, *bolaso* ‘disparate’, *cache* ‘persona o cosa de poco valor’, *chanqueta* ‘mujer’, *chirusa* ‘mujer vulgar que trata de asemejarse a las personas de distinción sin conseguirlo’, *cumpa* ‘compañero’, *manganeta* ‘ardid’, *papo* ‘vagina’, *retobarse* ‘enojarse’, *vichar* ‘mirar con disimulo’, *zafado* ‘insolente’.

Es indudable que compartir un léxico sentido como propio refuerza los lazos identitarios en cualquier sociedad. Antes de que concluyera el siglo XX, las oleadas inmigratorias europeas aportarían cientos de nuevas palabras que, entrando por la ventana —es decir, como *escrushantes*— se incorporarían al habla diaria de los argentinos. Son préstamos de las distintas lenguas itálicas, del español popular, del francés, del gallego, del portugués de Brasil y hasta de procedencias tan dispares como el quimbundo de Angola, el caló de los gitanos españoles o el idish de la Europa del Este. A los prelunfardismos que ya corrían en el español de las ciudades del Plata se sumaron en un cortísimo tiempo todos esos xenismos. Y tal aluvión fue lo que le dio origen al lunfardo.

Como anticipé hace un rato, un vocabulario popular o argótico, además de ser un marcador de cohesión social e identitaria a través del cual se configura un imaginario común, es un recurso expresivo de carácter lúdico o rebelde con cuyo uso el hablante atraviesa la barrera de la denotación para arrojar *motu proprio* al abismo de lo connotado.

Por supuesto, tanto la entonación como la gestualidad —un sistema semiótico que todavía espera un estudio a fondo en el marco del lunfardo— son elementos que connotan fuertemente, aunque es el léxico el que conlleva una carga mayor. Tan es así que un solo lunfardismo puede asumir connotaciones muy diversas e incluso contradictorias. En 1931, en *El hombre que está solo y espera*, Raúl Scalabrini Ortiz dio cuenta de las diferentes acepciones que puede asumir el vocablo *pelotudo*: “*Pelotudo* es tanto el honrado, el puntilloso, el cumplidor, el probo, el continente, el fehaciente, el económico, el tacaño, el disciplinado, el circunspecto, el equitativo, el enfermizo, el pachorrriento, como el opa” (1941, p. 122). Scalabrini revela en esta enumeración que una palabra utilizada inicialmente con los sentidos de ‘tonto’ o ‘poco avisado’ podría

emplearse, según el hablante y el contexto de uso, para adjetivar modos de ser o actuar considerados irrefragables desde el punto de vista ético.

Otro lunfardismo que solamente el contexto situacional y el tono del enunciador son capaces de iluminar es *atorrante*. Para Vicente Palermo y Rafael Mantovani esta voz, hoy en día, podría significar “desde persona poco seria, caradura, sinvergüenza, de vida ociosa, marginal, hasta individuo informal, travieso, simpático, divertido, seductor, querible” (Palermo & Mantovani, 2008, p. 75). El caso empeora si se utiliza en femenino, ya que *atorranta* además podría significar ‘prostituta’ o ‘mujer fácil’.

Los efectos connotativos de los argotismos (en nuestro caso, de los lunfardismos) están implicando un tácito cuestionamiento al sistema, a las conductas sociales instituidas. El hecho de seleccionar léxicamente una palabra lunfarda en vez de su equivalente en la lengua estandar no está reflejando solo rebeldía ante las normas lingüísticas. A través de la degradación de esas normas y, en consecuencia, también de los valores imperantes que ellas reflejan se está expresando, con mucha frecuencia, disconformidad con un orden social injusto. También fue Calvet quien explicó esto con agudeza:

... contrariamente a lo que sucede en un código en el que la denominación es neutra, el significante expresa una relación con el mundo, una relación irónica o crítica, violenta o despreciativa. El argot aparece como la expresión de la aflicción, de la miseria o de la rabia de los hablantes que expresan estos sentimientos en la forma de la lengua que utilizan (Calvet, 1994, p. 115).

Con todo, los lunfardismos ya no manifiestan unívocamente este uso originario. En las primeras décadas de su existencia, cuando era patrimonio casi exclusivo de los sectores postergados de la sociedad, servirse del lunfardo en tanto habla rebelde podía encubrir, en términos generales, una ínfima venganza o un desafío verbal a la cultura dominante, que servía para mostrar resentimiento, enojo, dolor, ironía o burla. Claramente hoy no es solamente eso, puesto que hace décadas que el lunfardo dejó de ser privativo de la esfera popular y en la actualidad lo emplean hablantes de todas las clases sociales, edades y sexos.

El usuario sabe que se dice *no te pases*, pero elige decir *no te sarpes*; sabe que se dice *paliza*, pero prefiere *marimba*. Quien selecciona uno o más lunfardismos para incluirlos en su discurso no ignora el vocablo de la lengua general. Al contrario, es conciente de la tensión jerárquica entre el español estándar y el lunfardo, así como también de que la elección del lunfardismo le permitirá expresar matices que jamás conseguiría transmitir si usara el vocablo de uso general o neutro. La fuerte carga connotativa de un argotismo (*trucho* por *falso*, *tujes* por *suerte*, *capo* por *genio*) no es algo que pueda encontrarse en los argentinismos *guitarreada* o *colectivo*, que aun cuando no se utilizan en el español de la península pertenecen de alguna manera al estándar.

De todos modos, sean concientes los hablantes o no, el uso del lunfardo (o de cualquier otro argot) revela una elección, un modo de plantarse, una toma de posición ante la lengua estandar, que tanto puede ser para dar cuenta de una disconformidad con el sistema o los valores vigentes como para mostrar confianza e intimidad, para quitarle solemnidad al enunciado o para tensar el diálogo.

La cuestión de la existencia o no de una lengua argentina reapareció en la década de 1920, en la misma época en la cual se creó el Instituto de Filología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Y esa polémica, naturalmente, no es ajena al silenciamiento y la proscripción académica del lunfardo, que perduraron hasta no hace mucho.

La primera mitad del siglo XX estuvo plagada de gramáticos y filólogos empeñados en mostrar lo mal que se hablaba y se escribía en la Argentina. Es necesario resaltar que cuando los gramáticos de la época hablaban del idioma nacional se referían, casi sin excepciones, al modo de hablar de Buenos Aires. Y todavía muchos lingüistas cometemos esa torpeza: confundir el español rioplatense o el del AMBA con la lengua que se usa en todo el país. Curiosamente las respuestas más consistentes a Ricardo Monner Sans, Arturo Costa Álvarez y la armada española del Instituto de Filología fueron dadas, no sin contradicciones, por escritores como Jorge Luis Borges y Roberto Arlt.

En un artículo de *El tamaño de mi esperanza* (1926) un jovencísimo Borges volvería sobre la cuestión del idioma, intentando señalar diferencias entre el lunfardo (“la jerga artificiosa de los ladrones”) y algo que él decide llamar *arrabalero* (“la simulación de esa jerga”) y que otros venían llamando *orillero* (Borges, 2011a, p. 112). Sin desplegar demasiadas precisiones técnicas, Borges reconoce que “en la intimidad propendemos, no al español universal, no a la honesta habla criolla de los mayores, sino a una infame jergonza donde las repulsiones de muchos dialectos conviven y las palabras se insolentan como empujones” (Borges, 2011a, pp. 112-113). Semejante sincericidio —usa la primera persona del plural *propendemos*— permite una simple deducción: su *arrabalero* ya se había “infiltrado” por entonces en las capas medias y altas de la sociedad porteña.

En otro artículo titulado llamativamente “El idioma de los argentinos” —por más que se limitara estrictamente al habla de Buenos Aires—, Borges revelaría que dos fuerzas antagónicas atentaban por igual contra la posibilidad de un habla argentina: la castiza y la *arrabalera*. Sobre la segunda sostiene que “el *arrabalero* [...] es la conversación usual de Liniers, de Saavedra, de San Cristóbal Sur”, y que el concepto de *arrabal* incluye a los conventillos del centro, el paredón del cementerio de la Recoleta, los corralones de las avenidas Entre Ríos o Las Heras y los alejados barrios de Parque Patricios y Núñez (cf. Borges, 2011b, p. 241). En suma, casi toda la ciudad conformaba, en los 20, ese inasible *arrabal*.

Si bien objeta el casticismo, poco después tampoco rechaza de plano el molde

proporcionado por la lengua española, dado que el arrabalero no sería otra cosa que una “jerigonza carcelaria y conventillera” (Borges, 2011b, p. 244). La superposición de ambos espacios —la cárcel y el conventillo— expone dramáticamente la confusión de Borges, incapaz de establecer con claridad los límites precisos entre lunfardo y arrabalero. Y esto sucede porque lo real es que resultan indiscernibles por una transparente razón: el arrabalero hipostasiado por él *es* el mismísimo lunfardo. Dicho en términos de Teruggi, “esta distinción es ya tan sutil que en la práctica resulta inaplicable” (1974, p. 7).

No abundaré aquí sobre la participación de Arlt en esta polémica (cf. Conde, 2011, pp. 101-103), pero no puedo dejar de recordar que el 17 de enero de 1930 publicó en *El Mundo* su famosa aguafuerte titulada “El idioma de los argentinos”. Se llamaba igual que el artículo de Borges y, como aquel, solamente trataba el lenguaje de Buenos Aires.

Para ir concluyendo, la extensión actual del lunfardo es un hecho, verificable incluso en el habla de Chile, Paraguay, Uruguay y Bolivia. El fenómeno ha permeado en los últimos 50 años las distintas variedades del español de la Argentina y lo que empezó siendo, en la década de 1870, un vocabulario de palabras y locuciones de las ciudades del Río de la Plata ha devenido en argot nacional. Apenas un ejemplo. En 2006 la Dra. Susana Martorell y su equipo publicaron un *Breve diccionario de lunfardismos en Salta*, donde uno puede encontrarse palabras como *bondi*, *desbole*, *fumata*, *garronear*, *naso*, *patinar* y *yapa*, todas con ejemplos de uso documentados en libros o medios de comunicación provinciales. Esto demuestra que la expansión del lunfardo ha sobrepasado el ámbito de la oralidad, lo cual puede verificarse en el uso que le dan en sus obras los escritores del interior y en la presencia de este léxico en diarios y revistas de todas las provincias.

Tenemos muchas más comprobaciones empíricas que estudios científicos, pero es evidente que esta propagación del lunfardo por todo el país se ha debido a los medios audiovisuales de alcance nacional —las repetidoras de radio y la TV por cable o satélite han contribuido particularmente— y a todos aquellos espacios donde reina el habla coloquial: las redes sociales, los blogs y los foros de Internet, las redes como Twitter, Facebook o Instagram y las aplicaciones de mensajería instantánea como WhatsApp, WeChat o Telegram. Así, una palabra que empieza a usarse entre jóvenes de Buenos Aires, Córdoba, La Plata o Rosario puede tardar menos de una semana en ser utilizada por jóvenes jujeños, tucumanos o fueguinos.

Hablo explícitamente de jóvenes, porque son ellos, con su inventiva, su picardía y su capacidad de repentización, los renovadores del lenguaje y, por lo tanto, quienes mantienen vivos los vocabularios argóticos.

En este proceso de difusión del lunfardo todos sabemos que, después del sainete —cronológicamente hablando— la letra de tango cumplió un papel esencial hasta

mediados del siglo pasado. Andando el tiempo otros géneros de la canción popular argentina, sin resultar tan decisivos, hicieron lo suyo. Pienso en versos de Charly García de comienzos de los 80: “no *transes* más” (“La grasa de las capitales”, 1979), “flaco, tengo un *mambo* que me caigo” (“Loco, ¿no te sobra una moneda?”, 1980) o “aunque te arregles las *gomas*, nena, / seguirás siendo rara” (“Bancate ese defecto”, 1983). O en versos de Fito Páez: “Ella *estaba en cualquiera* en cualquier estación” (“Ámbar violeta”, 1987), “el Madison *al palo*, arde la Argentina” (“Tercer mundo”, 1991), “Soy *paragua* de la villa 21” (“La casa desaparecida”, 1999), “Tiene un *chonguito* divino / que le trae *paquitos* de fumar” (“El verdadero amar”, 2007). Casi todos los grupos de rock han usado el lunfardo de su época. Imposible olvidar a Los Caballeros de la Quema cantando “todos *nos voltearíamos* a nuestras amigas” (“Todos decimos nada”), o el verso de “Psicodélica mujer” de Viejas Locas que dice “y después *flashear*on con todo lo demás” o a Aguante Baretta dando la voz de alarma con “apagá la chala que vienen los blu” (en “Apagalachala”).

Asimismo, en muchas canciones de cumbia es posible encontrar diversos lunfardismos: *bardear* ‘agredir’ (“El pibe Moco”, Los Pibes Chorros), *churro* ‘cigarrillo de marihuana’ (“El churro verde”, Los Gedientos del Rock), *fumanchear* ‘fumar marihuana’ (“Mi flor”, Damas Gratis), *la gorra* ‘la policía’ (“Cabeza”, El Indio), *rama* ‘cigarrillo de marihuana’ (“La vuelta”, El Indio), *transa* ‘pareja circunstancial’ (“La transa”, La Piba) y *vagancia* ‘conjunto de jóvenes’ (“El tano Pastita”, Los Pibes Chorros). Y también expresiones, como *comerse un travesaño* ‘mantener relaciones con un travesti’ (“El travesaño”, La Piba), *dar masa* ‘golpear’ (“Combate”, La Piba), *estar de la cabeza* ‘estar loco’ (“Empastillado”, Los Pibes Chorros), *estar pila* ‘estar excitado’ (“Quiero vitamina”, Damas Gratis) o *mojar la nutria* ‘copular el varón’ (“El hijo del intendente”, Sipangaboy).

Podríamos preguntarnos si, más allá del uso, existe algún tipo de legitimación social de las voces y locuciones lunfardas. Sí. Pero en general solo sucede con una parte de su vocabulario, y el proceso es muy lento. En el caso del lunfardo, *pibe*, *conventillo* y *compadrito*, por dar tres casos, ya eran voces corrientes y, en cierto sentido, “neutras” —esto es, no connotativas— en el habla porteña de la década de 1950. Hasta tal punto que fueron incorporadas al diccionario académico en aquel tiempo. Otras fueron insertadas como argentinismos en las sucesivas ediciones de este lexicón por la Real Academia, pero muy pocas de ellas se naturalizaron o perdieron su carga connotativa. En la edición de 2001, por ejemplo, se incluyeron *bagayo*, *berreta*, *chorear*, *falopa*, *gratarola*, *ñoqui*, *plantarse*, *quilombo* y *relojear*, lexemas que conservaron (y conservan aún) su carga argótica. Otros lunfardismos anidaron en el *Diccionario de americanismos* de la ASALE y otros —los menos, y nunca queda del todo claro con qué criterio— son recogidos en el *Diccionario del habla de los argentinos*, cuya tercera edición publicará en 2019 la Academia Argentina de Letras.

El próximo Congreso Nacional de Literatura Argentina, a realizarse en la Universidad Nacional de La Pampa en 2019, se llamará Congreso de las Literaturas Argentinas. En el mismo sentido creo que hay que ir desde el punto de vista lingüístico: no existe *la lengua argentina* sino, en todo caso, *las lenguas argentinas*. Es hora de pensar que el dialecto rioplatense no puede ni debe asimilarse a la noción de lengua argentina, aun cuando su léxico argótico, eso que llamamos lunfardo, sea, a esta altura de la *soirée*, patrimonio lingüístico de todos los hablantes de nuestro país.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barcia, P. L. (2006). *Un inédito* Diccionario de argentinismos *del siglo XIX*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras.
- Borges, J. L. (1926/2011a). Inyectiva contra el arrabalero. En *Obras completas* (Vol. 2., pp. 112-118). Buenos Aires: Sudamericana.
- Borges, J. L. (1928/2011b). El idioma de los argentinos. En *Obras completas* (Vol. 2, pp. 240-254). Buenos Aires: Sudamericana.
- Calvet, L-J. (1994). *L'argot*, Paris: PUF.
- Conde, O. (2011). *Lunfardo. Un estudio sobre el habla popular de los argentinos*. Buenos Aires: Taurus.
- Grossmann, R. (1926/2008). *El patrimonio lingüístico extranjero en el español del Río de la Plata*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Martorell, S. (Dir.) (2006). *Breve diccionario de lunfardismos en Salta*. Salta: Instituto Salteño de Investigaciones dialectológicas "Berta Vidal de Battini".
- Palermo, V. & Mantovani, R. (2008). *O caminho das pedras. Manual de gíria brasileira*. Buenos Aires: Capital Intelectual,
- Scalabrini Ortiz, R. (1931/1941). *El hombre que está solo y espera*. Buenos Aires: Editorial Reconquista.
- Teruggi, M. (1974). *Panorama del lunfardo*. Buenos Aires: Ediciones Cabargón.